



Serendipit

M A I O R

Carlos Domínguez Morano

Los registros del deseo

Del afecto, el amor y otras pasiones

2ª Edición



desclée



Carlos Domínguez Morano

LOS REGISTROS DEL DESEO

Del afecto, el amor y otras pasiones



Desclée De Brouwer

Índice

PARTE I: EL DESEO.....	13
1. Ciencia y mito en la aproximación al deseo.....	15
La mitología freudiana de las pulsiones.....	16
La mutilación científica de la sexualidad.....	18
La necesaria complementaridad del mito.....	21
El observador implicado.....	22
La irreductible sexualidad: el deseo pulsional.....	24
La sexualidad como ciencia imposible.....	25
La mítica de la sexualidad contemporánea.....	27
Bibliografía.....	30
2. Ese oscuro objeto del deseo.....	31
La separación en el origen del deseo.....	33
El deseo ignorado y su conflictividad.....	34
El objeto imposible.....	36
Quimeras o esperanzas en la dinámica del deseo.....	38
Los hijos del deseo.....	41
La biografía sustituye a la biología.....	43
Los diversos registros del desear.....	46
Bibliografía.....	48
3. Transformaciones actuales.....	49
Cambio actuales en la idea y la vivencia de la sexualidad.....	50
El impacto de las transformaciones socio-económicas.....	54
Luces y sombras de la nueva situación.....	57
Consumir y poseer: un ramaje perverso del deseo.....	59
La histeria camuflada y la perversión manifiesta.....	61
Bibliografía.....	66

4. El largo camino del deseo	67
Nacer es separarse	67
Incorporar la alteridad	69
Ansiedades primitivas	72
Separaciones y pérdidas	75
La ley del deseo	77
Latencia y aperturas	81
Reactivaciones y resoluciones	84
Bibliografía	87
5. Asumir la ausencia	89
Madurez: un concepto problemático	89
La concepción psicoanalítica de la madurez psico-sexual	91
Amores que matan	94
La renuncia a la totalidad	95
“Deja la casa de tu padre y de tu madre”	97
La renuncia a la omnipotencia infantil	101
Abrirse a la presencia	104
Bibliografía	108
PARTE II: LOS REGISTROS DEL DESEAR	111
6. Enamoramiento y pareja	113
La reveladora “locura” del enamoramiento	115
Las raíces de la experiencia amorosa	117
Las vinculaciones peligrosas	121
El amor como la flecha que se ajusta a la herida	124
Aterrizar tras el alunizaje	127
Libertad y comunicación	129
Fortalecer el vínculo amoroso	132
“Adiós al macho”	134
La sospechosa idealización de la mujer	136
Tener hijos	139
Bibliografía	142
7. Un amor diferente: la homosexualidad	145
Ampliando el punto de mira	146
Algunos datos para repensar	148

Un aspecto problemático: la promiscuidad	150
La adaptación psicológica en la homosexualidad	151
Con permiso de la biología	153
El homosexual que nace o se hace	156
El origen psicodinámico de la homosexualidad según S. Freud	158
¿Narcisistas y perversos?	163
Elegir pareja homosexual	166
El fantasma de la castración	169
La homosexualidad como variante sexual	172
Problemas de homofilias y homofobias	174
Bibliografía.	178
8. Vida y muerte de Narciso	181
El concepto de autoestima y sus orígenes	181
Repensando el narcisismo.	185
Los registros del narcisismo	187
Narcisismo y cultura	191
El narcisismo, el amor y la muerte.	193
El buen Narciso.	195
Narciso el destructor	198
Autoestima y narcisismo	199
Afecto y cognición en la autoestima	201
La autoestima como estación de paso	204
La autoestima, por añadidura.	206
Bibliografía.	208
9. El vínculo de la amistad	209
“No existen mercaderes de amigos...”	213
Identificación y amor benevolente.	215
Delimitando el concepto de amistad	218
Amigos, camaradas o enamorados	221
El deseo pulsional de trasfondo	223
Psicodinámica de la amistad.	227
Evolución de las relaciones de amistad	231
Crisis, pérdidas y rupturas	234
La alianza del deseo con el ideal	237
Bibliografía.	240

10. El deseo que se transforma: la sublimación	241
Un irrenunciable y problemático concepto	241
Los campos de la sublimación	245
Ciencia, arte y religión	249
Formación del carácter y cultura	251
La sublimación y narcisismo	255
No todo el deseo es sublimable, no toda sublimación es sublime ...	257
La represión camuflada	260
La aventura de la opción célibe	262
Bibliografía	267

Primera parte

El deseo

Ciencia y mito en la aproximación al deseo

1

Pocas realidades más complejas, enigmáticas y difíciles de delimitar que la del deseo, si queremos entenderlo más allá de lo que nombramos como sexualidad. Muestra de ello es la dificultad misma que se encuentra a la hora de titular una obra como la presente. Porque hacer aparecer en ese título de portada el término sexualidad, fácilmente hubiera conducido a equivocar al lector sobre el contenido y el sentido de las reflexiones que se intenta llevar a cabo. Y sin embargo, el tema de la sexualidad se encuentra implicado de modo directo en lo más central de estas páginas. Pero, evidentemente, no es de “sexo” de lo que vamos a hablar. Sobre todo, si por sexo se entiende una conducta que procura placer mediante la participación del cuerpo y que, biológicamente, parece encaminada hacia la supervivencia de la especie. Si así fuera, no tendrían aquí cabida algunos capítulos, como el de la amistad, en el que habrá que insistir, justamente, sobre la ausencia de componentes eróticos o sexuales como característica que especifica este modo de relación humana. Tampoco tendría sentido hablar, como lo haremos, de narcisismo y autoestima.

Por otra parte, como iremos viendo a lo largo de estas páginas, tampoco nos vamos a centrar en una realidad de carácter “puramente” psíquico, si se entiende como tal una realidad al margen de nuestra corporalidad y de sus aspiraciones más primitivas. Incluso, en esos capítulos, como el de la amistad, en los que tendremos que insistir en la ausencia del componente explícitamente erótico, advertiremos que el deseo pulsional se encuentra allí presente como dinamismo impulsor básico. Nuestra realidad corporal y sus aspiraciones básicas instintuales no quedan nunca excluidas en cualquier forma de relación que emprendamos con las personas, con las ideas o con las cosas. Al menos, así hay que considerarlo desde una óptica psicoanalítica, que será la que, fundamentalmente, presida este conjunto de reflexiones.

De ahí que, finalmente, se haya optado por ese término de “deseo”, sobre el que nos detendremos en el capítulo siguiente para delimitar su alcance y significación precisa. De subtítulo, nos referimos a una serie de aspectos particulares de la vida del deseo, sus diferentes registros: *el amor, el afecto y otras pasiones...* que a lo largo del libro se concretarán en las particularidades más fundamentales de esa vida del deseo: el encuentro entre los sexos, la homosexualidad, la amistad, el narcisismo, etc.

Pero, dado que todos esos registros remiten una y otra vez al concepto de sexualidad, será conveniente abrir el conjunto de estas reflexiones con un capítulo sobre las dificultades que encontramos para delimitar, para nombrar, para comprender esa realidad compleja que nos implica a todos de un modo tan radical y, generalmente, tan difícil también. Esas dificultades para acceder a lo más hondo y significativo de la sexualidad nos servirán para repensar sobre qué realidad estamos hablando y funcionará como una invitación para adoptar ese término más amplio de “deseo”, que centrará lo más importante de nuestra reflexión. Vayamos, pues, con un tema especialmente debatido en el ámbito de la psicología, particularmente desde que el psicoanálisis comenzó a cuestionar el concepto tradicional de sexualidad. El debatirse de Freud en la clarificación de esta realidad compleja, amplia y difícilmente identificable, nos servirá de introducción para las reflexiones posteriores.

LA MITOLOGÍA FREUDIANA DE LAS PULSIONES

La sexualidad se ha presentado a lo largo de los tiempos como una de las dimensiones humanas más decisivas y determinantes de la existencia y también como de las más enigmáticas. Los diversos mitos, tabúes, normas y ritos intentaron siempre canalizar su fuerza y a la vez descifrar su misterio. En nuestra sociedad contemporánea, los avances científico-técnicos parecieron ofrecer la posibilidad de una explicación que, por fin, desvelara su secreto y nos permitiera su manejo y control racional. Pero, justamente, esa mayor profundización en su esencia parece habernos hecho comprender que, irreductible a la razón técnica, la sexualidad siguiera necesitando de la expresión mítica y simbólica como medios para manifestarse (quizás nunca explicarse) ante nosotros. De modo particularmente importante, el proyecto freudiano ilustra bien la dificultad que implica ese conocimiento y el necesario y paradigmático ir y venir entre lo mítico y lo científico.

Es sabido que el trabajo de Freud se inscribe en el movimiento positivista, materialista y mecanicista del siglo XIX. Su primer proyecto coincide con la

aspiración ambiental de la época de reducir la Psicología a Neurología, acomodándose siempre al modelo de las ciencias físicas. Desde sus inicios, en efecto, Freud se esforzó en presentar al psicoanálisis como una rama de ese saber científico. En su tratamiento de los temas del sueño, de la neurosis o de la psicoterapia estableció nítidamente su propósito cientifista, marcando así las distancias respecto a cualquier otro tipo de acercamiento a lo psíquico. Por ello mantuvo siempre la negativa más rotunda frente a cualquier intento de encuadrar el psicoanálisis como una cosmovisión (*Weltanschauung*)¹. *El psicoanálisis –afirma– es incapaz de crear una cosmovisión que le sea peculiar. No lo necesita; es un trozo de ciencia y puede agregarse a la concepción científica del Universo*². Su único propósito es *aprehender exactamente un trozo de la realidad*³ aspirando a ser *tan imparcial como el cálculo infinitesimal*⁴. Desde ahí se entiende su permanente lucha por reducir al mínimo las dimensiones ilusorias, míticas o religiosas que configuraban su cultura. *Nuestra mejor esperanza –nos dice– es que el intelecto –el espíritu científico, la razón– logre algún día la dictadura sobre la vida psíquica del hombre*⁵.

Pero, como tan acertadamente lo ha expresado G. A. Miller, Freud se convirtió, muy a su pesar, en un “rebelde leal” frente a toda esta tradición en la que siempre creyó y pretendió encuadrarse. Y vino a ser justamente a en su teorización sobre la sexualidad donde su aspiración a mantenerse dentro de los estrictos límites de la “dictadura científica” se vio más seriamente comprometida. Existe un texto sumamente revelador a este respecto.

En *Más allá del principio del placer*, en efecto, confiesa lo siguiente: *Es tan poco lo que la ciencia nos dice sobre la génesis de la sexualidad, que puede compararse este problema con unas profundísimas tinieblas, en las que no ha penetrado aún el rayo de luz de una hipótesis*. Se hace, pues, necesario un resuelto cambio de punto de vista, ya que la ciencia calla sobre un tema fundamental sobre el que parece necesario seguir hablando. Si la provisión científica se agota, habrá que arbitrar otras hipótesis desde un dominio diferente, por más que ello suponga la renuncia a un ideal y también la adopción de un arriesgado camino. *En otro sector –nos dice– totalmente distinto, hallamos una de tales hipótesis; pero tan fantástica –más bien un mito que una explicación científica–, que no me atrevería a reproducirla aquí si no llenase precisamente una condición, a cuyo cumplimiento*

1. S. FREUD, *Los caminos de la terapia analítica*, 1919, O.C., III, 2460-2461. Cf también la carta a J. Putnam del 8 de julio de 1915. *Correspondencia 1873-1939*, Biblioteca Nueva, Madrid 1962, 320-322; S. FREUD, - O. PFISTER, *Correspondencia 1909-1939*, Fondo de Cultura Económica, México 1966, 88.

2. S. FREUD, *El problema de la Concepción del Universo*, 1932, O.C., III, 3205-3206.

3. S. FREUD, *Psicoanálisis y teoría de la libido*, 1923, O.C., III, 2673.

4. S. FREUD, *El porvenir de una ilusión*, 1927, O.C., III, 2980-2981.

5. *El problema de la concepción del universo*, 1932, O.C., III, 3199.

aspiramos. Esta hipótesis deriva una pulsión «de la necesidad de reconstruir un estado anterior»⁶. El mito de la división del ser humano en dos mitades, extraído de *El banquete* de Platón, se presenta así en este momento como única posibilidad para la comprensión del enigma⁷.

Este texto, sin embargo, aunque sumamente revelador, no es el único en el que se pone de manifiesto esa necesaria conexión entre sexualidad y mitología. En el conjunto de la *Metapsicología*, fue significativamente el tema de las pulsiones (sexuales o destructivas, en su última teorización) el que se presentó más íntimamente vinculado con lo mítico. En este sentido se manifestó en más de una ocasión: *La teoría de las pulsiones es, por decirlo así, nuestra mitología. Las pulsiones son seres míticos, magnos en su indeterminación. No podemos prescindir de ellos ni un solo momento en nuestra labor, y con ello ni un solo instante estamos seguros de verlos claramente*⁸. Esta vecindad que Freud se vio obligado a reconocer entre sexo y mito es la que le llevo también a considerar que una comprensión acabada de la sexualidad exigirá siempre *para no extraviarse en su recinto*, conocimientos anatómicos y fisiológicos; pero además, resultará también *indispensable una cierta familiaridad con la Historia de la Civilización y la Mitología*⁹.

LA MUTILACIÓN “CIENTÍFICA” DE LA SEXUALIDAD

La teoría y práctica de la investigación “científica” de la sexualidad suele abordar el problema desde un paradigma biologista o puramente “conductual” (donde por conducta sólo se acepta la observable y medible), con una total negligencia respecto a otros aspectos psíquicos (“necesidad”, “deseo”,

6. O.C., III, 2537. El entrecomillado es nuestro. Ya en páginas anteriores (O.C.III, 2525) había afirmado: *Si lo que de ello resulte parece demasiado “ingenioso” o muestra apariencia de místico, sabemos que no se nos podrá reprochar el haber tendido a ello. Buscamos modestos resultados de la investigación o de la reflexión en ella fundada, y nuestro deseo sería que no presentaran dichos resultados otro carácter que el de una certeza total.* Cf. a todo este propósito las reflexiones de P. L., ASSOUN, *Freud. La filosofía y los filósofos*. Paidós, Barcelona 1982, 150- 170.

7. Ya en los *Tres ensayos para una teoría sexual*, 1905, recuerda el mito platónico: O.C., I,1172.

8. Cf. *La angustia y la vida instintiva*, en *Nuevas Lecciones introductorias al psicoanálisis*, 1932, O.C., III, 3154; Cf. también *El malestar en la cultura*, 1930, O.C., III, 3067; *La angustia y la vida instintiva*, 1993, O.C., III, 3154; *El porqué de la guerra*, 1932, O.C., III, 3213; *Análisis terminable e interminable*, 1937, O.C., III, 3359. 195-6.

9. *Análisis profano*, 1926, O.C., III, 2927. Sobre las amplias las relaciones que Freud estableció entre la sexualidad y mito Cf. nuestra obra *El psicoanálisis freudiano de la religión*, Paulinas, Madrid 1991. La obra de Jung, desde una metodología diferente y con una diversa concepción de lo sexual, se encuentra también repleta de consideraciones sobre mito y sexualidad. Cf. v.gr., C. G. JUNG, *Símbolos de transformación*, Paidós, Barcelona 1982.

“afecto” o “fantasías” son términos repudiados –se dice– debido a su escasa fiabilidad). La filosofía que subyace a esa concepción biologicista o “conductual” de la sexualidad es la de un paradigma dualista, que escinde el factor tecno-científico y el factor humano y que concibe separadamente el cuerpo y el alma, lo somático y lo psíquico. En su raíz encontramos el dualismo antropológico cartesiano.

Fue, en efecto, Descartes (cuyo pensamiento hay que considerar de vital importancia en la configuración de toda la psicología contemporánea) quien trazó la imagen dualista del hombre, compuesto de dos sustancias totalmente diferentes, cuerpo material y alma espiritual. Cada sustancia existe sin necesitar de ninguna otra para existir. El cuerpo es una máquina regida por leyes naturales, y es explicable en términos físicos y matemáticos; todo su funcionamiento obedece sólo a principios y leyes de la mecánica. Los animales son “autómatas” y el hombre –a excepción de su espíritu racional que se interrelaciona en el cuerpo a través de la glándula pineal– tiene su propia raigambre fisiológica en los principios de la física. A partir de ahí, surge una comprensión de lo sexual como algo esencialmente biológico al servicio de la reproducción o, a lo más, como un mecanismo comprensible según determinadas leyes mecánicas del aprendizaje. Todo lo que no encaje en este modelo físico-químico será tema para poetas, místicos o filósofos. Sólo la “*res-extensa*” puede interesar a la investigación científica del sexo¹⁰.

Pero la revolución freudiana consistió justamente en traspasar el límite de la “*res extensa*” y en no admitir esa frontera establecida en el ámbito de la sexualidad. Por ello se vio obligado a ampliar su comprensión desde lo genital y corporal a lo anímico y a lo afectivo, tanto consciente como inconsciente; considerando, además, que todo ello era digno de investigación científica, por más que ofreciera problemas metodológicos de consideración.

Comenzó Freud, por ello, hablando de “libido”, como expresión psíquica, energética, del instinto sexual. Consciente de que con este término, como con el de sexualidad, traicionaba también algo importante de lo que percibía en

10. En este sentido resulta, por ejemplo, revelador que en la obra que fue el manual de psicología skinneriana impuesto en las Universidades americanas y en la mayoría de las españolas (F. S. KELLER - W. N. SCHOENFELD, *Fundamentos de psicología*, Fontanella, Barcelona 1975, 266-268) apenas sean dos páginas las dedicadas a la sexualidad humana y que, en ellas, la mayor parte sean dedicadas a aportar datos sobre el comportamiento sexual de las ratas. Todo ello, tras lamentar lo difícil que resulta el estudio “científico” de la sexualidad en sujetos humanos. La obra de B. F. SKINNER, *Ciencia y conducta humana*, (Fontanella, Barcelona 1981), tras discutir el uso de conceptos como necesidad o impulso aplicados a la sexualidad, no dedica ningún apartado a su estudio y ni siquiera aparece algún concepto relacionado con ella en el índice de materias.

la dinámica afectiva humana, comenzó de referirse a todo este mundo con el término de “psicosexualidad”, en el que se incluía toda una realidad amplia y compleja que incluía todas las categorías comprendidas bajo el término *Liebe* (amor). Con este término, ciertamente, se hubiera evitado la tópica acusación de pansexualismo que desde entonces recayó sobre toda la teoría freudiana. Sin embargo, el cambio contó con la oposición de ciertos críticos. Freud lo descartó pero permaneció insatisfecho con el empleo de un término como el de sexualidad, tan determinado en la mente de todos por lo biológico y corporal. Habló entonces de “Pulsiones de Vida” como conjunto de fuerzas, plurales, pero que poseen en común la aspiración a mantener un vínculo, una unión, un contacto con diferentes objetos de amor que van haciendo aparición a lo largo de la vida de los seres humanos. Eros, fue desde entonces, una apelación habitual en los círculos psicoanalíticos para referirse a este conjunto de pulsiones vitales que opera como motor de vida, de encuentro y de unión entre lo viviente. Frente a él, Thanatos, representaría una fuerza contraria que aspira a la separación, a la desvinculación y al abandono, si pudiera ser definitivo, en la búsqueda misma de la desaparición total y de la muerte¹¹.

En los medios científicos, pareció que ese modo de tratar la sexualidad era “extramédico”; y así lo era en efecto desde el momento en el que se volcaba en funciones muy alejadas de las meramente corporales, biológicas y reproductoras. Pero para Freud, aunque su misma evolución al respecto nos obligue hoy a matizar la cuestión, tan sexualidad era la actividad biológica de la reproducción, como la conducta perversa del sádico o del fetichista, o (con otro sentido y valoración clínica, naturalmente), el Eros platónico o, incluso, el amor cantado por Pablo en la carta a los Corintios¹². La nítida separación cartesiana entre “materia” y “espíritu”, o entre sus respectivos atributos de “extensión” y “pensamiento”, quedó de este modo abolida en un concepto amplio y común, sin ninguna posibilidad para trazar ya una línea divisoria que nos la hiciera ver como dos entidades originariamente diversas.

Se comprende entonces que la ciencia oficial resultara insuficiente para la comprensión de esta nueva manera de entender la sexualidad y que se hiciera necesario el acercamiento al mito, a la historia, a la literatura y al arte en general, como lugares donde la sexualidad podría estar revelando dimensiones esenciales de su dinámica singular. Ello, por otra parte, coincide con un movi-

11. Sobre la modificación del concepto de sexualidad en psicoanálisis cf.: J. LAPLANCHE, *La sexualidad*, Nueva Visión, Buenos Aires 1988.

12. *El psicoanálisis -nos dice Freud- se une a Platón y a Pablo cuando descubre la concepción ampliificada del amor: Psicología de las masas y análisis del Yo*, 1921, O.C., III, 2577.

miento que, desde la antropología, se ha ido imponiendo progresivamente en la recuperación del pensamiento mítico y simbólico como dimensiones esenciales del conocer.

LA NECESARIA COMPLEMENTARIDAD DEL MITO

El mito, efectivamente, se presenta como una estructura necesaria de conocimiento y como organización permanente del pensar humano. Como M. Eliade puso de manifiesto¹³, constituye algo inherente a la cultura, al pensamiento simbólico, y, por tanto, a la persona. De modo que, si bien podrían eliminarse determinados mitos según los diversos acontecimientos de la historia, no podría destruirse el pensamiento mítico mientras una sociedad humana exista.

Lévi-Strauss, cuestionando el etnocentrismo del hombre occidental, nos ha dejado bien patente que el pensamiento mítico y simbólico no puede ser considerado como una entidad de valor inferior a la del pensamiento racional y científico. El “pensamiento salvaje” del mito o la magia y el “pensamiento domesticado” de la ciencia y la técnica han de ser considerados como dos modos de conocimiento, desiguales en cuanto a sus resultados teóricos y prácticos, pero no por la clase de operaciones que ambos suponen. Ambos difieren menos en su naturaleza que en función de las clases de fenómenos a las que se aplican¹⁴. Suponen dos modos de conocimiento y de acción que utilizan prevalentemente el símbolo o el signo y que proporcionan así un tipo diverso de validación, existencial la primera, científica, la segunda¹⁵. Mito y razón no sólo poseen un origen común, sino que, diversificados, se oponen y se complementan a un tiempo.

La psicología, deudora de una reacción antimetafísica que se vio obligada a mantener para lograr un estatuto científico, repudió con fuerza todo tipo de pensamiento simbólico, reduciendo así de modo considerable su campo de acción. Hoy día parece mostrar signos de curación de esa enfermedad reduccionista inicial, poniendo en cuestión la filosofía de la ciencia que la respaldó y planteándose la conveniencia de abrirse también al campo de lo simbólico como espacio fundamental donde indagar problemas básicos de la conducta.

13. *Imágenes y símbolos*, Taurus, Madrid 1974.

14. Cf. CL. LÉVI-STRAUSS, *El pensamiento salvaje*, Fondo de Cultura Económica, México 1964, 30.

15. Cf. J. R. ROYCE, *Estado actual de la psicología teórica*, en B. B. WOLMANN, *Manual de Psicología*, Vol. 1. *Historia, teoría y método*, Martínez Roca, Barcelona 1979, 33-63; EDGAR MORIN, *El método, III: El conocimiento del conocimiento*, Libro Primero. Cátedra, Madrid 1988; *Ciencia con consciencia*, Anthropos, Barcelona 1984.

Si la ciencia nos proporciona un conocimiento explicativo del mundo exterior, objetivo; el pensamiento mítico y simbólico tiende, por su misma dinámica interna, a la participación subjetiva en la intimidad del mundo. Cuestión esta fundamental, como veremos, en lo que concierne al conocimiento de la sexualidad. Como enseña M. Eliade, la función del mito es esencialmente la integración del sujeto en el cosmos, guiando su acción y educando su sentimiento. Mientras que la ciencia explica, con su estrategia positiva, estableciendo lo que puede y no puede ser empíricamente, el pensamiento mítico tiene carácter valorativo, delibera y selecciona fines posibles, calibra lo que debe y no debe ser: es decir lo que tiene sentido. Como afirma Lévi-Strauss, el pensamiento mítico está *operando cada vez que el espíritu se interroga sobre lo que es la significación*¹⁶.

No se trata, pues, de que un tipo de pensamiento sea verdadero o falso, sino que se trata de dos pensamientos diferentes con dos tipos de validación diferente también. Como afirma Pedro Gómez, el pensamiento racional tiene necesidad de su “doble”, a fin de que no destruya irreparablemente, a golpes de la imprescindible objetividad controlada empírica y lógicamente, la subjetividad, la afectividad, la existencia concreta, lo individual y lo comunitario, sin lo que no sería posible vivir¹⁷. En el ámbito de la sexualidad ello resulta particularmente decisivo.

EL OBSERVADOR IMPLICADO

En realidad, las bases para hacer imposible el abordaje exclusivamente científico de la sexualidad las había sentado Freud previamente a la constatación de su oscuro origen, tal como nos expresó en el texto citado de *Más allá del principio del placer*. Si la cuestión del sexo se hace irrealizable como acabado objeto científico es, fundamentalmente, en razón de la inevitable implicación del observador en el campo que estudia. Ningún otro objeto le compromete como el ámbito de la sexualidad. Y, a decir verdad, en ninguna otra dimensión de lo humano, lo que podemos observar, pensar y decir está tan condicionado por lo que a nivel consciente y, sobre todo inconsciente, hemos podido vivenciar.

Fue justamente esta percepción de la inevitable implicación subjetiva del “observador”, lo que dio pie al modo revolucionario, psicoanalítico, de enfren-

16. *La alfarera celosa*, Paidós, Barcelona 1986, 21.

17. P. GÓMEZ GARCÍA, *Religión popular y mesianismo*, Universidad de Granada 1991, 15. Cf. también del mismo autor *La antropología estructural de Claude Lévi-Strauss*, Tecnos, Barcelona 1981.

tar el problema. El caso de Anna O., que se inscribe en los orígenes mismos del psicoanálisis, muestra bien a las claras esta “escandalosa” constatación.

Esta chica, tratada siguiendo el método “catártico” por el entonces amigo y protector de Freud, el Dr. J. Breuer, era visitada por su médico primero una vez al día y más tarde dos. La chica progresaba sorprendentemente “reviviendo” y “purgando” los acontecimientos traumáticos de su pasado. Pero transcurridos dos años, fue la esposa del Dr. Breuer la que puso el dedo en la llaga al manifestar su malestar por lo que, con razón, le parecía un excesivo interés de su esposo en el tratamiento. Sospechaba de que tal interés poseyera exclusivamente un sentido médico y científico. Todo ello condujo a la ruptura del tratamiento por parte del bienintencionado Dr. Breuer, lo que, rápidamente, provocó en Anna O. un repentino ataque histérico con simulación casi perfecta de un parto, de cuya responsabilidad atribuía, naturalmente, a su médico. Breuer se limitó entonces a calmar a la paciente y acto seguido abandonó definitivamente el caso para emprender con su mujer un viaje a Venecia como “segunda luna de miel”¹⁸.

El hecho, que hoy denominamos transferencia¹⁹, pone de manifiesto esa inevitable participación del sujeto sexuado que observa, cuestionando la pretensión de plena objetividad que la mitología científica parece empeñada en mantener. Desde una perspectiva psicoanalítica, sin embargo, habría que señalar, como atinadamente ha puesto de manifiesto Clavreul, que la perversión (en su sentido psicopatológico) consiste justamente en negar esa implicación subjetiva en la sexualidad, creyendo poder convertirla en objeto externo, analizable y controlable²⁰.

El tratamiento psicoanalítico de la sexualidad sembró la perplejidad y el escándalo, pero vino a poner de manifiesto las fallas de toda teoría del conocimiento que pretenda conceder a la razón científico-técnica la exclusividad en la comprensión de lo humano. En definitiva, como ya hemos señalado, ese pensamiento es deudor del dualismo falsificador cartesiano, que si bien se hizo paso obligado para posibilitar la ciencia moderna, nos obligó también a pagar un alto precio. La psicología “científica” contemporánea sabe, sin duda, mucho de ello.

18. Cf E. JONES, *Vida y obra de Sigmund Freud*, Paidós, Buenos Aires 1979^a, vol. 1, 234-237; P. GAY, *Freud, una vida de nuestro tiempo*, Paidós, Barcelona 1989, 89-96.

19. La transferencia es el proceso que, particularmente, en el contexto psicoanalítico, supone una actualización inconsciente de los antiguos modos de relación habidos en la historia particular de cada uno.

20. Cf. J. CLAVREUL, *Aspectos clínicos de las perversiones*, en *Estudios sobre la sexualidad humana*, Morata, Madrid 1967, 189-191.